

Cuentos del paraíso de las islas

11

02 Don Borondón el Babilónico

emilio.sola@cedcs.eu

Colección: E-libro: El paraíso de las islas

Fecha de Publicación: 04/03/2023

Número de páginas: 18

I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

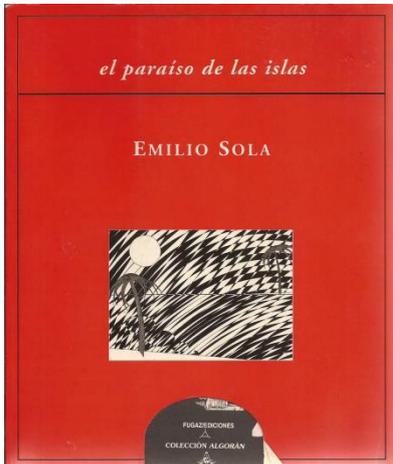
El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.eu
info@cedcs.org

Cuentos del paraíso de las islas

11

02 Don Borondón el Babilónico



“Don Borondón el Babilónico” fue publicado en 1993 por la editorial Fugaz de Alcalá de Henares, y su tiempo literario llega hasta la muerte del protagonista, Son Borondón el Babilónico o Sargón el Antiguo, o Borondón el Antiguo, como también se le llamó, en el año 52 después de la gran guerra y de la muerte de Juan Bravo o JB, según la datación adoptada por el llamado “Paraíso de las islas”. Como siempre, es relato de un amanuense anónimo y su original procede de la llamada Biblioteca de don Borondón o del Naranjal. Se fragmentará en 5 entregas:

11-01, 11-02, 11-03, 11-04 y 11-05

He aquí el índice del relato, según salió en la edición de Fugaz:

<p>EPÍLOGO: Del amanuense para el lector, con DEDICATORIA incluida.</p> <p>2.- DON BORONDON EL BABILONICO.</p> <p>2.1.- Don Borondón el Babilónico, conocido como Sargón el Antiguo en Oriente, toma una copa de vino en la terraza de la casa del naranjal.</p> <p>2.2.- ¡Salud, amigos!</p> <p>2.3.- La biblioteca habitada de la casa de don Borondón.</p> <p>2.4.- Don Borondón y la luna llena.</p> <p>2.5.- Ante el espejo: “La gran aventura”.</p> <p>2.6.- La construcción de la plataforma circular.</p> <p>2.7.- Chito Gomes, los chicos de Spalato y la música para la plataforma.</p> <p>2.8.- La música, los grupos de la costa y el chiringuito de Eulogio.</p> <p>2.9.- Eulogio y Josefina y sus hijas Josefina y Verónica.</p>	<p>2.10.- Leila Naser llama al Babilónico “nostálgico, borrachón”, y éste charla con Erik Andersen, gran jardinero.</p> <p>2.11.- Los niños Fito Naser y Lavinia Plonka en la casa de don Borondón y la historia del hombre del perro negro y el niño Saigo Newman.</p> <p>2.12.- Con la luna llena de mayo, el Antiguo se pasa el día hablando de la libertad y se despide de la casa-biblioteca del naranjal.</p> <p>2.13.- Don Borondón se instala en la plataforma durante la fiesta de la luna llena de mayo.</p> <p>2.14.- El Antiguo y don Severino Muntañola recuerdan tiempos antiguos.</p> <p>2.15.- Don Borondón es condecorado y desenlace provisional de la historia de Miriam María y el Hamuñ Norodín.</p> <p>2.16.- Gente nueva llega a la casa de don Borondón, entre ellos Tittina Entrambosaires y sus hijos Estambuli Entrambosaires y Alta</p>
--	---

<p>Gracia. La muerte de los jóvenes griegos Constantino y Melina.</p> <p>2.17.- Días de junio del Antiguo encerrado en la plataforma.</p> <p>2.18.- La luna llena de julio, la música y la muerte de don Borondón.</p> <p>2.19.- La gran pileta de plástico y cerámica dorados.</p> <p>2.20.- El amanuense interpola de nuevo: la luna de don Borondón.</p>

2.6.

79

Los que por entonces vivían en la casa de don Borondón pensaban que aquel nuevo pabellón, si con ese nombre se le podía designar, había de tener con el tiempo profundo simbolismo, última morada del Antiguo, y habían ido enriqueciendo el proyecto primitivo con nuevos aportes técnicos: cada vez era más complejo y más sofisticado. No agradaba esto mucho al viejo -Leila lo sabía-, sobre todo por lo que tocaba al retraso del final de los trabajos, aunque se cuidara de manifestar enojo; era una cortesía para con él ese mimo de sus amigos hacia “las obras”, así lo consideraba y valoraba, sólo así debía ser.

-Un trono para un rey, don Borondón.

-Sí, como el del pavo real de los antiguos sás... No sé el tiempo que habrían empleado los orfebres en fabricarle el trono al persa, pero lo que es vosotros, técnicos modernos habilísimos, os estáis pasando con el truquito del amor al Babilónico, tíos.

Observaciones de este tipo se repetían casi cada mañana, antes de pasar a estudiar el cuadro de mandos. La primera vez que el viejo había visto los paneles abarrotados de botones se había asustado. “Esto parece una cabina de avión, ¡qué pasada!”, había protestado. Luego se lo habían simplificado al máximo hasta reducirlo a dos especie de facis-toles manejables a la altura de un hombre -don Borondón- sentado. Terminó por entenderlos a la perfección y hasta los manipulaba con soltura a ojos cerrados.

El cuerpo central de “las obras” era una plataforma circular giratoria, descendible a cuatro metros de profundidad bajo tierra y elevable hasta cinco metros de altura sobre, de unos diez metros de diámetro. Estaba inscrita la plataforma en un cuadrado de ángulos orientados a los cuatro puntos cardinales; en respuesta a una manipulación de los mandos, podían ascender de los cuatro ángulos barras metálicas que confluían en el centro geométrico del conjunto; servían de carril y soporte a cuatro lonas. La especie de tienda de campaña así formada adquiriría la silueta de una kuba magrebí o, si la plataforma estaba elevada al máximo, de una torreta o faro chato de diez metros de altura de paredes y unos doce máximos en la cúspide de la falsa cúpula de tela. Sin puertas ni ventanas, tenía una función puramente protectora del sol o de la lluvia, como paraguas o sombrilla peculiares. El centro de la plataforma estaba ocupado por un -a simple vista- sillón similar al de los barberos o dentistas, de cerámica dorada y respaldo abatible; visto de cerca se descubría que no era más que una simple taza de retrete de forma caprichosa y elementos móviles. A ambos lados, los dos facistol-mini cuadro de mandos de aquel conjunto. Eso era todo.

Disfrutaba don Borondón sentado en el sillón-taza de retrete y manipulando los botones de mandos, haciendo girar, subir y descender plataforma y lonas, contento como chiquillo con juguete nuevo. Conocía a la perfección el teclado de alimentación y fármacos, el de evacuación, ventilación y olores, luz, sonido y comunicación con la casa. “Os agradezco tanto mimo”, decía emocionado con frecuencia. Y también, “¡qué pasada!”. Se le veía feliz: la instalación funcionaba perfectamente.

Así transcurrió toda la luna menguante. El Babilónico, de siempre, había procurado mantener viva actividad diurna y poca nocturna en los períodos de luna menguante; se acostaba más temprano, se levantaba con la aurora, le desagradaba contemplar la consumación de su

bien amada luz y se refugiaba en el orto diario del otro disco máximo, siempre idéntico a sí mismo, arrollador.

Y con la luna nueva volvió Chito Gomes a la casa de don Borondón, la casa del naranjal. 81

2.7.

Erik Andersen y Leila Naser habían ido al aeropuerto en uno de los camioncitos de la casa para esperar al americano. Dos días atrás habían telefonado de Spalato para comunicar su llegada con las varias cajas de material que restaba para completar la instalación electrónica de "las obras". Don Borondón sabía que faltaba algo -los mandos de sonido sólo funcionaban al cincuenta por ciento- y esto le alarmaba un tanto. "Con lo que hay basta y sobra; no quiero más cachivaches ni botoncitos", protestaba en ocasiones.

-Los de Spalato han trabajado meses en prepararle la sorpresa que Chito Gomes trae consigo, don Borondón. No puede usted desairarles -le había dicho Leila, argumento decisivo para el anciano.

Y por fin llegaba Chito Gomes con lo de Spalato. Dos muchachas y un chaval le acompañaban. Aquella noche de luna nueva hubo tertulia en la azotea y en las eróticas. Un nuevo tablero de mandos le fue presentado al viejo -"¡qué barbaridad!", había dicho nada más verlo, algo abrumado-, no había sido posible acoplar a los dos antiguos el

82 nuevo material. Después de un exhaustivo estudio y recogida de material musical de los años de juventud de don Borondón, más informaciones sobre sus gustos musicales, habían conseguido reunir allí toda la música que amaba el Antiguo. “¡Qué barbaridad!”, exclamaba en ocasiones éste. Paseaba por la azotea, estudiaba el nuevo tablero, apuraba copas de vino, cigarrillo tras cigarrillo, sonreía satisfecho o agradecía la presencia de algún título querido, “¡qué barbaridad!”, repetía, mientras el grupo escuchaba a alguno de los recién llegados narrar historias de Spalato o de viajes recientes por la costa y las islas del este.

Se sabía en el este que don Sargón el Babilónico, como allí le llamaban, preparaba nueva casa -así, en general, decían- frente al mar; algunos pensaban que era un observatorio astronómico y otros hablaban de un nuevo pabellón de la biblioteca. A causa de ello, mucha gente había comenzado a planear viaje para el verano y el otoño a la nueva casa de don Borondón. “En fin, que este verano la casa será una fiesta”. Leila Naser, alegre y comunicativa, se quedaba seria en ocasiones y sus ojos se perdían en la noche; el Antiguo lo captaba, a pesar de la ebriedad, llamaba su atención y la hacía reír con alguna broma.

-Estoy encantado con tanta música, amigos. Vivamente agradezco a los de Spalato esta cortesía. Será el verano de la celebración -su ebriedad era cada vez más alegre-. ¡Otra canción, Chito! Cuando vuelvas a tu casa llévate contigo el palo largo, ¿eh? -se refería al cayado o bordón-. Y gracias por la música, amigos, ¡gracias por la música! -y el anciano iniciaba breves pasos de danza ante el grupo que le jaleaba y, él sabía bien, le amaba-. ¡Qué barbaridad!

2.8.

83

La música había sido para el Antiguo una pasión auténtica; al principio oculta incluso para él, más tarde de todos conocida y por todos alimentada. “Herencia de mis años mozos, pecado de mi edad, dulce alimento”, gustaba decir cuando le hacían abordar el asunto. Era tal la fijación música-años mozos que don Borondón detestaba las cintas magnéticas -”no las entiendo”, decía- y le subyugaba la materialidad redonda y negra del disco de vinilo; las cubiertas de colores vivos o dramáticas de colores sobrios contenían mensajes para su sensibilidad tal los cuadros o los libros; incluso los molestos agudos de un surco demasiado trabajado por agujas muy usadas o por los años tenían encanto para él, eran un elemento más de su música querida.

De joven -”el pasado siglo no muy mediado”, decía el Antiguo y decía bien, no había exageración en sus palabras a pesar de la sonrisa burlesca- don Borondón había conseguido reunir, paralelamente a su embrión de biblioteca, una colección de grabaciones de música de “su edad”. En la que luego había de ser la casa de don Borondón, cuando lo que llamaban el paraíso de las islas había ido tomando cuerpo y se había consolidado un “modus” comunero, había una enormidad de discos. Pero don Borondón había descuidado aquello que con el tiempo podía haberse convertido en un tesoro similar al de la biblioteca; tal vez un tic cultural irreflexivo, la consideración hacia el disco era menor que hacia el libro. “Una verdadera tontería”, había comprendido el viejo cuando ya era tarde. Algo después el disco comenzó a ser considerado como un objeto más y muchos de los regalos que salían de la casa eran discos, pequeñas colecciones monográficas de ellos incluso, cosa que nunca sucedía con los libros, con destino a los lugares más

dispares de la costa y de las islas. “Otro error, otra tontería”, habían comprendido más tarde todos.

- 84 Se había intentado, a continuación, recuperar lo tan disperso por costa e islas y, así, se orientaron hacia la casa de don Borondón los “regalos musicales”. Pero era tarde. Por un lado repercutía en la sorpresa agradable del regalo; el hecho de que llegaran discos a la casa no suponía sorpresa, sino una especie de normalidad, como el hecho de que llegasen fondos de libros nuevos. Por otro lado, y eso era más interesante, pocas horas al sur de la misma costa había surgido un centro de atracción para melómanos: el chiringuito de Eulogio. El propio don Borondón había tenido parte activa en ello con sus visitas, regalos y consejos. Comuneros, futuros comuneros y no comuneros -dentro de esa sutil clasificación, o no clasificación mejor, se encerraba una ficción terminológica en el orden de la afirmación del padre del cuchillo “nunca fundéis iglesia”, pero de alguna manera había que entenderse- desfilaban cada vez en mayor número por aquel barcito y aportaban consigo novedades de todo tipo, últimos hallazgos musicales o técnicos con preferencia. Hasta que el bar de Eulogio dejó de ser eso, barcito, y se convirtió -varita mágica del grupo en acción- en gran complejo experimental y de espectáculo. Como estaba sucediendo, mucho más al este, en Spalato.

2.9

Aquella noche don Borondón dedicó a Eulogio sus ensoñaciones. Fumador y bebedor de vino como él, como el viejo marinero Antonio,

su vecino y coetáneo -padre de Prisciliano Manfredi, tutor de Constelación Muñoz-, como tantos otros muertos ya, Eulogio o la sonrisa, Eulogio o el silencio, Eulogio o la sonrisa silenciosa, Eulogio o el silencio sonriente. Los habitantes de la casa, Chito Gomes y los tres jóvenes técnicos de Spalato se habían retirado ya a sus lugares de dormir. El Antiguo se había quedado en la terraza frente al nuevo cuadro de mandos y a una penúltima copa de vino; quería velar un rato más la nueva y finísima barquita esbelta airosa en el gran mar cielo de la noche, promesa de gran luna. Y pensó en Eulogio.

85

Tal vez una de la únicas parejas, si no la única, con la que había llegado a intimar el viejo en su larga vida era la formada por Eulogio y Josefina. Viuda de la gran guerra, Josefina había abandonado su ciudad y casa y con su hija Verónica de la mano recorrido miles de kilómetros hasta la costa y por la costa. Igualmente viudo de la gran guerra -soldado en ella, a su vuelta a casa se había encontrado con la triste noticia: su mujer Verónica había muerto, enfermera en Abisinia-, Eulogio había abandonado su casa y ciudad del interior y con su hija Josefina de la mano, después de mucho vagar, había obtenido un permiso municipal para instalar lo que luego sería famoso chiringuito. En él, recién montado, recalaron un día extenuadas Josefina y su hija Verónica; las dos niñas -Josefina, hija de Verónica, y Verónica, hija de Josefina-, de la misma edad y de increíble parecido físico, intimaron pronto y ellas fueron las artífices de la nueva familia que iba a surgir. Eulogio y Josefina madre se dejaron dulcemente llevar, para el uno un consuelo, para la otra un techo y un lugar. Un día las dos niñas se enteraron de que había habido acuerdos internacionales sobre pensiones para viudos y viudas de guerra; se lo comunicaron a sus padres y hubo semanas de discusión familiar, aunque no acuerdo. Tanto Eulogio como Josefina opinaban, frente a sus hijas, que aquella era medida desvergonzada, intento de justificación o de compra descarada de las con-

ciencias, no sabían bien qué, pero paso adelante de la mercantilización colectiva o de la colectividad... Era intolerable eso de pagar por un muerto -pensaba Josefina y Eulogio asentía plenamente compenetrado con su pensamiento- en guerra absurda y de la que el propio muerto y ella abominaban. En fin, decidieron ni siquiera iniciar la gestión de solicitud de las pensiones a las que tenían derecho, e incluso creyeron convencer de ello a las niñas, ya hermosas muchachitas. Estas, sin embargo, removieron el asunto, se asesoraron bien con amigos abogados de la costa, falsificaron firmas de sus padres y cobraron el dinero que ellas, sin adentrarse en los razonamientos paternos que respetaban, consideraban conseguido con toda corrección. Cuando éste llegó, convencieron a sus padres de que era una tontería devolverlo y Josefina madre sugirió utilizarlo en comprar las tierras que rodeaban al chiringuito y, después de largas negociaciones con el ayuntamiento, los terrenos del chiringuito y el chiringuito mismo.

Don Borondón recordó, con minucia y deleite, aquel lejano día que para Eulogio y Josefina fue siempre el día de la separación. Habían acudido al bar de Eulogio don Borondón y Antonio el marinero -una de sus innumerables citas para beber y charlar de viajes-, y se toparon con un Eulogio amable y sonriente como siempre, pero triste. "Se van, chico, se van", les había comentado. "Las dos chicas se van al fin; es algo incontenible". Ya estaba por entonces Josefina madre en la silla de ruedas, sus fatigadas piernas inútiles, y se había acercado al grupo en torno a la mesa del rincón del emparrado. "Ay, Borondón, vuestro paraíso de las islas", había suspirado Josefina. "Un poco nuestro también, mujer, pero... en fin" -y Eulogio había entrado para trajinar algo en la barra del bar. Más tarde había salido una de las chicas -¿Verónica? ¿Josefina? ¿Eran tan iguales!- y les había contado que el padre del cuchillo, Lauari Bujudmi, estaba allí, que había vuelto de los oasis del sur y para la próxima luna llena se preparaba una gran expedición a una isla cer-

cana a la que querían ir a oírle, integrarse en los grupos de trabajo que se estaban formando; ella era química -era Verónica- y su hermana se acababa de graduar en técnicas de recuperación de aguas residuales; había llegado para ellas la hora del vuelo, el tiempo de la libertad. Don Borondón sonreía: hermosura de juventud. Los ojos de Verónica brillaban mientras exponía sus proyectos y los de su hermana. 87

Ya por entonces había buena música en el bar de Eulogio. El Antiguo, recordaba, les había llevado en aquel viaje tres viejos álbumes de Lou Reed y las chicas, entusiasmadas con ellos, no habían cesado de hacerlos sonar todo aquel atardecer. Ya anochecido, las dos muchachas se habían hecho cargo de los trabajos del bar y habían rogado a su padre Eulogio que se quedara en la mesita del rincón del emparrado con los visitantes. No recordaba el Antiguo bajo qué luna había transcurrido aquella para Eulogio y Josefina jornada de la separación, pero sí que el vino era excelente, como siempre en casa de Eulogio, que habían charlado largo y que la blanca se reflejaba, hermoso camino de luz, en la cercana mar. La parálisis de las piernas había comenzado a operar cambios en la bella mujer que era Josefina madre. Su rostro había ganado en sosiego, parecía más joven, su mirada lenta, siempre a los ojos, era más profunda, sus palabras más raras -"¡aquella mirada clavada en tus ojos!", recordaba el Antiguo-, escuchaba más que hablaba, las manos casi siempre reposaban entrelazadas sobre el vientre. Y la música; podía pasarse horas y horas aquella mujer, cada vez más joven y hermosa, en la silla de ruedas frente al mar, su mirada lejos, extasiada con la música. "¡Otra vez colgada, mamá?", solía decirle Verónica -o Josefina, ¡eran tan iguales!-. "Seguro que tu pensamiento se pasea por la Plaza del Diamante". "Del Brillante, hija, del Brillante". O si le decían: "Seguro que has vuelto por la plaza del Brillante", contestaba como en automático, "del Diamante, hija, del Diamante". Porque en realidad había olvidado si el nombre de la plaza de su niñez -como

siempre y cualquier tiempo de descubrimiento- feliz era del Brillante o del Diamante. En aquélla que ahora recordara don Borondón -recién luna nueva de abril tantos años después- para Josefina madre, o la calma y el pasmo, y Eulogio, o la sonrisa, “jornada de la separación” - siempre lo memorable debe tener un nombre-, la mujer paralítica no había intervenido apenas en la conversación; muy de vez en cuando suspiraba con un “¡Ay, Borondón, las islas!” o, simplemente, “Las islas...”

-Es un mundo cercano el de las islas, Josefina -había dicho Antonio el marinero-. No debes preocuparte.

-Claro, mujer. Una sola vez en tu vida has tomado el tren y sólo en contadas ocasiones el automóvil, nunca desde que vivimos aquí juntos. Tampoco conoces lo que es viajar en barco o en avión, como nuestros invitados... Pero el mundo de las chicas es otro, nada tiene que ver con el nuestro, con tu placita del diamante...

-Del Brillante, Eulogio, del Brillante.

-Es para ti frontera el mar, para ellas camino -y Eulogio había mirado al mar-. Y para mí como para ti, pues estoy y estaré siempre contigo -había besado a Josefina.

Más tarde se habían añadido las chicas a la tertulia del rincón del emparrado, recordaba el Antiguo, y Antonio les había brindado su compañía y barco para el viaje pues él pensaba pasar a saludar a su antiguo compañero y amigo Lauari Bujudmi; pero ellas le habían dicho que preferían viajar solas o, mejor, no solas sino con el grupo de amigos de aquel tramo de costa que se incorporaba a lo que ya llamaban el paraíso de las islas en su primer viaje de adultos. Y el Babilónico recordaba

-ya casi amanecía, dedos rosas nacarados más allá del naranjal apuntaban en el horizonte marino- que aquella lejana noche había paseado por la playa cercana al chiringuito de Eulogio antes de pasar a dormir al pabellón que éste, Josefina y las dos chicas habían preparado para los visitantes y viajeros. Y recordaba -mientras alisaba las sábanas de su camastrón de la erótica- que se había tendido en la playa e iniciado una larga, larga -¿sería el efecto del vino abundante o de la vejez que ya apuntaba?- masturbación -una de las más largas y trabajosas que recordaba de su larga vida- deleito-sísima.

89

2.10.

Leila Naser se extrañó de que el viejo no descendiera de sus habitaciones hasta la hora de comer. “Me enrollé con agradables recuerdos”, le comentó. “Noctámbulo, borrachón”, había bromeado Leila. Comió con buen apetito y quiso visitar las obras. El bubú blanquísimo, mejor darraj, y el cayado, mejor bordón, el Antiguo canturreaba algo mientras atravesaba el naranjal; estaba contento. Chito Gomes le dijo que “prácticamente todo está listo, ché”, y el viejo se lo agradeció sonriente, “insal’lah” y “gracias, amigo”. Las dos muchachas y el chico de Spalato andaban en bañador muy atareados con las conducciones de cables entre la gran plataforma -en donde a los dos facistoles se había añadido el nuevo cuadro de mandos- y un pequeño pabellón prefabricado que habían montado, algo escondido detrás de un montículo, a medio camino entre la casa y la plataforma. Para el chico, Sergei se llamaba, y para una de las chicas, aunque montenegrina de nacimien-

90 to de nombre Paula y de origen americano de Brasil, aquel era su primer viaje de adultos. La chica Paula se había acercado a don Borondón y le había dado un beso en la mejilla. “Hermosura el veros trabajar, chavales”, había comentado el viejo. La risa de Paula era toda una sinfonía clásica. Chito Gomes explicó al Antiguo que aquella caseta prefabricada serviría de control de sonido y que aquellos tres jóvenes de Spalato permanecerían allí todo el verano para, por turnos, velar por el buen funcionamiento del montaje; no habían conseguido, urgidos por el tiempo, automatizar todo el mecanismo musical. Erick Andersen daba los últimos retoques a los arriates breves que habían improvisado para embellecer las tierras removidas por las obras en torno a la plataforma. “Crisantemos no, tío”, le había dicho un día don Borondón. Erick no había plantado crisantemos.

Era Erick Andersen un enamorado de las legumbres y de las flores, “técnico en huertas y jardines” se gustaba llamar, y su figura era justo la contraria de lo que su nombre pudiera sugerir a alguien que no le conociera sino por el nombre; nada de gigantesco vikingo rubio y poderoso había en él, pues hombre de baja estatura -apenas llegaba al metro sesenta, y eso con botos y barretina, elementos esenciales de un atuendo que jamás abandonaba, las malas lenguas decían que ni siquiera para dormir-, rostro cetrino de cejas exuberantes y juntas, ojos diminutos -dos puntitos de luz en medio de aquella espesura que los coronaba-, barba cerrada y siempre como de dos días -raigones o cañón de pluma de ave negra cada pelo cortado suyo-, cabello ensortijado y crespo que desbordaba por frente, sienes y cogote la colorada barretina -de lejos daba la impresión de que con una bandera rojinegra se tocaba- y de tan fuerte constitución que parecía tan ancho o más que largo o alto. De carácter hosco y violento, había tenido muchos problemas para vivir en paz con numerosos grupos hasta su llegada a la casa de don Borondón.

-¡Oh, tú, gran jardinero, el del equívoco nombre! -saludó el Antiguo a la vez que extendía el brazo izquierdo con el bordón y se llevaba la mano derecha al corazón.

91

Erick miró de soslayo al viejo, gruñó algo y continuó con su trabajo. El Antiguo esperó en pie, paciente, y observaba el minucioso hacer del jardinero. Erick le miraba de reojo y se sonreía; siempre le había parecido un disparate la pinta del Antiguo pero, a la vez, era para él una presencia sedante, en especial cuando estaba de buen humor. El Antiguo lo sabía. Sabía que Erick Andersen tenía tres amores, con sus fidelidades respectivas, y uno de esos amores era él, el viejo Borondón. Nadie había de interrumpirles cuando fumaban un cigarrillo juntos porque todos lo sabían. Erick nunca había fumado un cigarrillo en su vida hasta el día en que había llegado a la casa de don Borondón para instalarse, años atrás, con un largo historial de violencia y cambios de grupo famoso en todo el mar de costa a costa; se habían sentado los dos a charlar bajo un naranjo y el viejo le había ofrecido uno, el primero de su vida, y le supo bien. Fumar como una de aquellas antiquísimas cafeteras italianas que resoplaban para anunciar que el café estaba presto, mientras charlaban de los otros dos amores del técnico en huertos y jardines, era la manifestación máxima de ese amor que les unía. A Leila Naser, por ejemplo, Erick Andersen la quería mucho, pero con ella no hablaba; jamás le había de violentar cualquier acción de aquella mujer, pero la conversación no fluía en su presencia. La charla surgía únicamente con sus plantas -nunca la había considerado monólogo en ese caso-, con don Borondón y con Miriam María. El cigarrillo, sólo con don Borondón.

-¿Qué tal tu viaje a Lesbos, Erick? -el Antiguo le ofreció un pitillo.

-Los jardines pueden quedar muy hermosos; la tierra es buena y la situación, toda una colina irregular cerca del mar, es espléndida. Pero...

-hizo una pausa mientras la vieja cafetera italiana comenzaba a resoplar.

92 -¡No me digas que hubo peros! ¿Pelea?

-¡No, qué va! Me dio tiempo a preparar todos los parrales y la base de los arriates de flores de temporada. Pero...

Hizo otra pausa. Contempló la parra que dos años atrás había plantado para el jardín de don Borondón. Los parrales eran su firma personal en un jardín; consideraba la parra como planta hermosa para jardines, al igual que los rincones no muy extensos de melonares y sandiares o la presencia de algún cerezo.

-¿Algún jaleo con alguna chica?

-No, no. Hay muchas chicas allí, pero no es eso. No me dejaban en paz; no pasaba una hora del día sin que alguien viniera a decirme algo. Me aburrían. Así que, a la semana, les dije que me iba, que se pusiesen de acuerdo para que no necesitaran luego incordiarme en mi trabajo. Cuando así fuese, que me avisaran. Tomé el primer avión y me vine. El terreno me gusta. Los huertos y jardines quedarán hermosísimos, pero... Usted me conoce y sabe cómo me gusta trabajar.

Luego conversaron largo sobre Miriam María. "Usted no verá esta parra en sazón", había comentado Erick Andersen. "No, ya no. Pero sí la verá Miriam", había respondido el Antiguo. Encendieron un segundo cigarrillo. Andaba por el este -en las cartas que Erick recibía Miriam escribía "recuerdos a don Sargón" en vez de a don Borondón- y estaba en cosas de agricultura también. La última vez que había estado en la casa en donde naciera, dos años atrás, le había traído a Erick un regalo

típico de ella: unos calzoncillos largos de invierno de color rosa. “Eso no me lo pongo yo, niña”, había dicho Erick, pero se los había puesto nada más irse la hermosa muchacha que ya era Miriam María. Y tal cariño le había tomado a la prenda -tanto como a la barretina colorada o a los botos- que no se los quitaba nunca. Leila Naser se había dado cuenta de ello; cuando lo creía oportuno pasaba por la noche por las agrícolas -como llamaban al pabellón compartido por la biblioteca de agricultura y Erick Andersen- y robaba literalmente los calzoncillos rosa del jardinero para pasarlos a lavandería y plancha. Al día siguiente éste nada decía, pero se lo pasaba huraño, de muy mal humor, y procuraba evitar los encuentros con Leila. La llegada del invierno trajo consigo un contratiempo; Erick Andersen comenzó a dormir con sus amados calzoncillos puestos y -era verdad la leyenda en parte, pues los botos se los quitaba- con la barretina. Leila Naser tenía que ingeniarse malabarismos sutiles para conseguir quitarle los calzoncillos rosa sin que se despertara, a pesar del sueño pétreo de aquel campesino esencial, diríase letargo. Hasta que una noche Erick se despertó en plena operación de Leila Naser, cosa excepcional, y la emprendió a insultos y puñadas con aquel fantasma que a oscuras le trajinaba las piernas; cuando Leila, alcanzada por más de una puñada, consiguió encender la luz, Erick, con esfuerzo ejemplar, se tragó su acceso de cólera -Leila Naser era Leila Naser- y pidió disculpas, cortés. Pero no le dio los calzoncillos. El Antiguo se pasó media hora en una carcajada; aún ahora, cuando recordaba el incidente, reía al imaginar cómo había podido desarrollarse aquella escena. Telefonaron a Miriam a Alejandría -el caso era urgente, no estaba el horno para cartitas- y le encargaron que enviara con presteza otros calzoncillos de invierno de color rosa para su tutor, pues Erick era su tutor. A la llegada del paquetito de Alejandría, mediado el invierno penúltimo, se organizó una fiesta en casa de don Borondón; a Erick le habían convencido para que se cambiara su querida prenda íntima en público; entre aplausos de sus com-

pañeros y gruñidos de Erick, había accedido al fin con la condición de que apagarán la luz. Cuando la luz volvió a la sala, en el centro del grupo había un informe casi harapo marrón oscuro, chocolate casi, que hubieron de recoger con una pala que alguien trajo y que en procesión jocosa llevaron al lavadero.

Erick, entre bufidos humeantes, terminaba el segundo cigarrillo. Rieron al recordar la escena. Aquel suceso se había convertido en clásica anécdota de viajes: "En la casa de don Borondón, etc." Pero intuía el Antiguo que de aquel suceso famoso podía nacer algo; Leila Naser le había contado en cierta ocasión que creía que era cierta otra de las leyendas sobre Erick Andersen, la de su extraordinario poder de captación erótica. Ella sabría por qué. A Erick, por otra parte, se lo imaginaba algo así como desvalido -Miriam María ya definitivamente lejana una vez le faltara el ocasional pitillo y charla pues sólo las flores no podrían colmar su corazón hosco y tierno.

-No falta mucho para la luna llena de mayo -comentó el Antiguo a modo de despedida.

-Poco falta, sí.

Erick arrojó lejos de sí la colilla y retomó la faena allí donde la había interrumpido para charlar con el viejo. Don Borondón observó un punto de tristeza -intuyó mejor; ¿quién está seguro de qué en sus apreciaciones?- en el gesto de su amigo al inclinarse sobre un arriate de humildes violetas y esbeltos tulipanes.

Sigue en 11-03-Don Borondón el Babilónico